

EL DUELO IMPOSIBLE EN LA MELANCOLIA

Del duelo debería decirse que consiste en un trabajo de deshollinación, de "talking-cure". Podríamos pensar que la labor analítica implica un trabajo de duelo. Cuando se está en análisis se está de alguna manera en cierta forma de duelo. Si bien por el hecho de hablar (en análisis) se juega una muerte, eso no dice que alcance para concluir el duelo. Para embarcarse en un duelo es necesario hablar, ser de la palabra. Por el hecho de hablar se borra al Sujeto, una primera muerte que precede a Otra, que caracterizada por dejarse caer como objeto - en el fin de análisis - semeja un analista.

Ese, se podría decir, es el punto de finalización del duelo. Dicho de otro modo: en cada pérdida importante se reactualiza el fin de un análisis o se lo solicita. Llamar a un analista - demandar un análisis -, verdaderamente iniciarlo, es reeditar un trabajo de duelo, que se hace verdadero en la escena de la Transferencia. Arriesgaría decir que el trabajo de duelo es condición de la transferencia. Si no hay algo perdido en un análisis no hay nada que perder. En la psicosis hay trabajo de duelo que no finaliza. Esto no desdice el concepto de trabajo, ya que se lo podría considerar **trabajo forzado**. Porque si bien el trabajo de duelo es ciertamente doloroso, no por eso es, como en la psicosis, **forzado**. Cuando al trabajo de duelo se lo hace forzado, éste se nos aparece como mueca o como machaque desesperado. Creo que es este exceso de trabajo quien le otorga a la psicosis depresiva en transferencia ese modo Imaginario de tratar al objeto como si existiera.

La falta de un Significante que eclipse al Sujeto haciéndolo Sujeto de otro Significante, impide, sin duda, que de esa muerte se produzca un Sujeto cuyo resto sea la muerte misma atravesada por la vida.

En la psicosis no es que no haya resto, sino que a ese resto, no se lo pierde del todo que es **uno mismo**.

Esta imposibilidad de no poder perderlo, más que en el artificio analítico de la transferencia, hace de la posición del analista (y aquí la clínica puede probarlo) una función necesaria al establecimiento de un discurso al cual el psicótico por la facilitación del deseo del analista ingresa. Es el deseo del analista quien nos parece que anuda ese particular lazo social.

Recuérdese que el analista en la neurosis no es una función necesaria, sino una posición contingente.

Vale también, aunque más no sea por apuntarlo, preguntar si existe vecindad entre la transferencia que se gesta en esta psicosis y la afectividad de la masa con el líder. Como para ampliar en otros puntos, que aunque resulta extra clínico no por eso son menos ciertos, diremos que en los movimientos de masas se está religiosamente en duelo, el objeto allí aparece bajo la esperanza de lo prometido. El duelo aquí es esperanza, sólo que en lugar de apuntar al objeto perdido, apunta al objeto prometido.

Cuando digo que el trabajo de duelo es imposible en la psicosis, utilizo la categoría de Real para tratar a ese imposible. Vale decir entonces que no es que el Sujeto se vea trabado por el síntoma o por una imposición ideativa, en este caso no se articula al fantasma más que mediante la presencia del analista. Merecería otro comentario, el de algunas conse-

cuencias clínicas, que desata esta posibilidad, que el análisis brinda. No es gratuita la advertencia de Lacan respecto del encuentro del psicótico con un analista.

Permítanme la banalidad de este ejemplo: un psicótico en análisis es un vendedor que dispuesto a entregar el objeto de esa venta, no remata por no poder perder lo que dice que vende.

En el análisis el melancólico pregonaba del ser pero no lo pierde. El duelo por el objeto es algo que se dice pero no se resuelve (utilizo el término aquí, del mismo modo en el que Freud lo hace para referirse al Edipo, en su sentido ideal, topológico se entiende).

Si digo que el fin de análisis en la psicosis tiene la imposibilidad propia de ese duelo, es porque considero que llegado un punto, en el fin de análisis (en la neurosis), se está más allá de ese dolor propio del trabajo de duelo. La alegría propia del Sujeto en el fin de un análisis es más que una consideración humoral, es una razón ética. No está contento porque se divierte, está alegre porque no se avala cuando en relación a su deseo, en ciertas ocasiones, se traiciona.

¿Llega el psicótico más allá del dolor del duelo? No podría afirmarlo. Sí podría decir que supongo que el ofrecimiento que el psicoanálisis le hace a la psicosis tiene que ver con la razón de un discurso que disputa su posición de objeto y permite domeñar su goce masoquista.

Se alterna tal vez, en la psicosis dispuesta al análisis, el masoquismo erótico propio de lo Real, en el dolor de existir propio de lo Simbólico.

El Duelo es el trabajo de la estructura, el Dolor el producto de ese trabajo. El dolor de existir en análisis es palabra y no cosa-cuerpo que como ofrenda al Otro se sacraliza. Estos dolores decibles son las huellas que lo Simbólico marca sobre lo Real.

Este dolor del duelo en transferencia, implica ese desasimiento libidinal, que deja al Sujeto en posición tachada frente a lo Real. Es en ese sentido que el dispositivo analítico se convierte en el único medio capaz de hacer que en el texto mismo de la organización fantasmática se produzca una modificación libidinal.

Para la neurosis ese objeto supuesto a la satisfacción fantasmática dejará de estar ligado al Ideal, existiendo más allá del Otro, articulado a un Sujeto, que en el fin de análisis hizo el duelo por ese afán de capturar, reducir, obturar.

Suponemos que el objeto de la melancolía se sostiene **desde la realidad y en el lugar del Ideal**. La pérdida de ese objeto no envía al Sujeto a buscar en su bohordilla fantasmática otro subrogado de objeto mediante el cual resolver su tensión libidinal. **La desaparición del objeto deja al Sujeto sin representación fantasmática**, fuera de la escena de un mundo al que vive como letal. Hambre, Soledad y Frío son los nombres que en la psicosis depresiva recibe la pérdida del Ideal. El accidente que desencadena cualquier depresión es en general atinente al objeto y es rastreable su connotación de Ideal.

La puesta depresiva da cuenta, de que allí donde el objeto debe faltar se instauró no un subrogado sino un "objeto majestad". La caída imaginaria de ese objeto, objeto que; mediante las operaciones de enlace, propias de los discursos que imperan en la realidad, muestra cómo mantuvo al Sujeto en cierta estabilidad estructural.

La pre-psicosis depresiva puede simular cualquier neurosis y hasta cierta perversión, pero la reacción de resistencia del psicótico a catectizar nuevos objetos no debe pensarse más que como fracaso de la imposibilidad. Es la falta fundante de objeto quien opera en la estructura neurótica haciendo posible la serie de objetos a. Permítanme decir que no hace

serio la melancolía por la seriedad del objeto a.

El duelo bajo transferencia en la melancolía, será condición necesaria para colocar al **objeto como ausente hasta la aparición de otro objeto Ideal**. Sería algo así como mantener al depresivo libre de identificar al objeto con el Yo. ¿En este caso la tarea analítica consistirá en facilitar la labor del duelo hasta el arribo de otro Ideal?

¿Será ésta una restitución que elige un mal menor a una desconsideración estructural?

Esta pregunta no es sólo clínica, creo es una consideración ética que no puede ser pintarrajeada con "moralizaciones teóricas" que simulan preocupación por la Verdad.

Cuando el Sujeto llega a un punto de felicidad, nos dice Lacan, tiene todo el derecho de no querer avanzar. A menos que se trate de un analista, en cuyo caso esta renuncia implica que: no pasará el límite de una clínica del "terapizá". Ese duelo imposible que no permite que el Sujeto sin fenecer, desaparezca, lleve a pretender el **ser** del nombre como propiedad.

¿Cómo pensar que el discurso del analista arribe si se trata del **ser** que no se pudo "olvidar"?

¿Pero qué creencia dice que sea existencialmente necesaria esa relación con la Verdad?

Reconocer los elementos propios de determinado accionar, no insuflar con nuestros supuestos saberes acerca de la mejor manera de funcionar, atender en definitiva no sólo a lo Real imposible sino también a lo Simbólico y a su posibilidad. Aquello que lo Simbólico no traza ningún psicoanálisis lo puede preocupar. No se elige entonces un mal menor, sino que se limita a operar con los términos que indican esa precisa compaginación estructural.

¿Por qué actuar entonces allí donde no hay tal vez, más que la pregunta por el ser perdido que no podemos contestar?

Desviemos el acento y señalemos otro lado de esta cuestión tan difícil de determinar.

Porqué no pensar que en esta estructura ese ser del Otro llamado Ideal, es supletorio del Nombre-del-Padre que no hay. Esa falta del Nombre-del-Padre sustituido por el Ideal evita esa superposición propia del narcisismo que lleva al Sujeto a la inanición y a la defensión original. En el jubileo anticipatorio podríamos situar también esa otra pasión narcisista, la manía, que "anticipatoriamente resuelve" esa pregunta por el Ser del Otro que en la depresión no cesa de preguntar, **YO SOY YO** es la respuesta que, identificación mediante, el maniaco se da. El **YO SOY YO** resuelve imaginariamente en la manía ese **YO SOY OTRO QUE YA NO ESTA**.

Que el Sujeto de la depresión puede optar por la presencia de un otro (sea éste persona o Ideal) dejando su identificación al **YO SOY YO** o al **YO SOY OTRO QUE YA NO ESTA**, permite cierta ex-sistencia de lo Simbólico propia de las relaciones que el Otro del melancólico genera en tanto Ideal.

Quizá se trate de mudar la marca feroz y arrogante de un **SUPER YO** obedecido por temor, por ese otro, la de un Ideal del **YO** que por amor se impone gobernar. ¿Será por eso que la melancolía se arroga un Saber acerca del Amor?

El amor en la melancolía es un amor sin escena, un amor sin lugar.

El amor melancólico es un amor "interesado" ya que sólo a través del "amor" el melancólico prelude el desear. El deseo es consecuencia de ese "amor" y se sostiene en su continuidad.

El amor en la melancolía es necesario, paradójicamente **vital** para el Sujeto. Digo que pa-

radóticamente vital porque la vitalidad de la que se trata más tiene que ver con la Pulsión de Muerte, que con la vitalidad erótica de la vida. La vitalidad del amor en la melancolía es parasitaria. Sólo tiene como objeto la apropiación del SER-del OTRO que no hay, para resolver en una suerte de pasaje al acto, ese duelo imposible por la fundante carencia de ser en la estructura. El otro amor es al decir de Freud en lo que se refiere a la melancolía, aquello que uno fue, una elección narcisista.

No pretendo escribir acerca de la modalidad neurótica del amor, pero tan sólo por aclarar algunos puntos, que podrían pensarse como comunes, diremos que en la neurosis esa similitud es sólo el resultado de adscribir en el análisis del amor más que a un análisis de la estructura, a una visión de la fenomenología.

Es cierto que aún en la neurosis el amor se nos aparece como una pretensión de ser, pero no debería olvidarse que esta solicitud al ser, se sostiene como demanda por tener en su fundamento la falta en ser del ser mismo que demanda. Si al Otro se lo demanda es porque, como indica su acepción jurídica, a ese Otro se lo descubre en falta.

En la psicosis depresiva no hay tal demanda de amor. Me atrevería a decir que de lo que se trata es más bien de una exigencia de amor que no tiene el Falo como medida. Y no es que se lo plantea desde un más allá del Falo como en el goce femenino. De todas formas éste es un tópico de interés para revelar ciertas articulaciones del goce femenino con la melancolía. Cuando ese otro-PARA-el amor falta, se muestra como aquello que es, el semblante mismo de la carencia, el Yo, nos dice Freud, se vuelve sobre sí mismo, para catectizar no ya al objeto del fantasma sino para caer sobre el Sujeto como si fuese su sombra.

Permítanme alterar la frase y decir que **EL YO CAE COMO SOMBRA SOBRE EL SUJETO**. O de otra manera: **EN LA MELANCOLIA EL SUJETO CAE EN UN CONO DE SOMBRA LLAMADO YO**. ¿Será en este cono de sombra donde se produce esa sombra de objeto con la que se identifica el Yo?

Qué otra cosa si no ésta querrá decir el "amor sombrío".

Se trata de un amor de Yo a Yo y esto no es lo mismo que decir que **YO es OTRO**, ya que en esta particular circunstancia (estadio del espejo) ese Otro Yo es sólo posible en una estructura disparada por la falta.

En la estructura melancólica es el Yo quien se divide, pero no se borra. No recae sobre él la spaltung del Sujeto sino la sombra del objeto, que por su sombra se hace en la realidad un **EXISTENTE**.

¿No tendrá la sombra esa función que el fetiche tiene en la perversión?

Y en relación a la angustia ésta no tiene en la melancolía como sede al cuerpo sino al Yo.

Esta idea de sombra que Freud utilizó, creo que debería pensarse como supliendo de alguna manera esa falta inicial de Spaltung mediante la imaginaria de la escisión. Por eso la melancolía se revela al perderse un ser real, que aún estando presente en tanto ideal, no cesa de hacer sombra, ni cesa de amargar.

La clínica de esta romántica pasión del Yo nos dice y mucho, de lo sombrío y amargo que en la estructura melancólica resulta el amor.

¿Cómo no entender como lo entiende Freud entonces, que existe una enfermedad llamada amor?

Es en la melancolía donde el amor más que una cuestión del Sujeto se muestra como **PASION DEL YO**.

Otra cuestión sobresaliente en la psicosis depresiva es la de la **CRUELDAD**, esa suerte de morbosidad sin vergüenza y públicamente declarada, en la que el melancólico se reprocha ser la causa de algo perdido. De algo que ya no está. Sólo la impiedad analítica de Freud pudo descubrir detrás de esa máscara de lamento, el goce por la crueldad (otra vez aquí un cruce interesante en relación a las perversiones, o como actualmente da en llamarse "los rasgos perversos de la estructura").

La furia y el odio declarado en forma de desprecio por la propia persona, no son más que el resultado de una específica acción identificatoria que hizo que la sombra del objeto se convirtiera en Yo.

Supongo algo más que una satisfacción narcisísticamente volcada sobre sí misma, en una relación de odio donde el objeto es el Yo.

El autorreproche imaginiza: —

- 1) al objeto perdido, como causa. —
- 2) al Sujeto barrado, como escisión. —

Es cierto que el autorreproche expresa de manera invertida aquello que del objeto supuso el Yo Pero no lo expresa si no es a modo de **PROCLAMACION**. ¿Cuánto dirá ésto del valor que tiene para el melancólico, la presencia de ese otro? Cómo no pensar que al obligarlo a escuchar tratándolo como si fuese su Yo, satisface en el otro, la crueldad necesaria que en caso contrario recaería sólo en el Yo.

El deterioro propio de esta estructura sale a relucir cuando el sujeto melancólico pierde el interés por difundir frente a otro la precariedad del Yo.

Nuevamente aquí volvemos a preguntarnos por la función del analista. ¿Será hacer semblante de **objeto al reproche** su función?